

el pensamiento que se apodera de cuanto existe, la imaginación que todo lo anima y embellece, el genio que hermosea la naturaleza, que multiplica las invenciones, y que dotado de una fuerza de combinación extraordinaria, se fecunda á sí mismo, y fecunda las ciencias y las artes con sus creaciones felices; todo esto nos saca, por decirlo así, de los límites del mundo, y nos impele hácia aquella region inaccesible, donde mora el Autor supremo del hombre y la naturaleza. No pudiendo hallar en cuanto nos rodea una cosa que se parezca al alma; convencidos de que todo es inferior á esta noble parte de nosotros mismos, comprendemos sin dificultad que somos por el alma superiores á todo lo criado, y que el poder de la inteligencia nos hace señores del universo. Mas esta grandeza de nuestro ser no impide que reconozcamos en ella limitación y debilidad: se nos escapa sin duda la mayor parte de las relaciones que existen entre los seres; y detenidos aquí y allá en la region inmensa de la investigación, sabemos por experiencia propia que, sin embargo del pensamiento, casi nada comprendemos respecto de lo mucho que se ofrece á la contemplación.

Comparándonos con la materia, descubrimos toda nuestra excelencia; analizando los resultados de nuestras observaciones, y atendiendo á la incapacidad que tenemos á veces para realizar nuestros deseos, quedamos persuadidos de nuestra limitación y debilidad. Pero qué, ¿fuera de los cuerpos y del alma no existe otra cosa? ¿No hai acaso un ser que á todo generalmente presida, que abarque las cosas y sus relaciones infinitas con su inteligencia, que realice sus deseos á un solo impulso de su voluntad suprema, que por su naturaleza espiritual esté, lo mismo que yo, sobre toda la materia, y por su naturaleza perfectísima esté sobre mi alma y todas las inteligencias? ¿Tendré por ventura una alma tan mezquina, que niegue la existencia de esa primera causa? Si consulto á mi razón, ella me dice, que no pudiendo haber efecto sin causa, existe un Dios: si escucho mi conciencia, ella me anuncia, que no pudiendo haber remordimiento sin culpa, culpa sin lei, ni lei sin legislador, existe un Dios: si miro el universo, la innumerable muchedumbre de sus objetos me advierte con entera seguridad, que no pudiendo haber universo sin creación, ni creación sin criador, existe un Dios. Mi razón pues, mi conciencia, el universo, me persuaden que Dios existe.

Convencido ya de la existencia de Dios, vuelvo de nuevo sobre sus obras para contemplarlas; aproximo, cuanto es posible, los objetos, examino el gran todo, como si tuviese á

la vista la máquina de un reloj, advierto lo que se necesita para idearla, ejecutarla y conservarla; y este es el momento en que veo llegar á mi alma uno por uno los atributos de la Divinidad: porque con solo quitar lo imperfecto y finito á la sabiduría, al poder, á la bondad y demas cualidades y prendas del alma, descubro, sin temor de equivocarme, la sabiduría, el poder, la bondad, la providencia, y todos los atributos de Dios.

Todas estas ideas se fecundan en mi alma, y parecen multiplicarse á medida que me adelanto en el estudio de los otros seres. No pudiendo entónces descansar en un conocimiento puramente especulativo, veo en la inteligencia divina el primer tipo, y en la voluntad omnipotente la primera y última razón de todas las existencias. He aquí por qué, despues de conocida la de Dios, y cuando ya hemos conseguido formarnos una idea de sus perfecciones infinitas en sus atributos adorables, nos sentimos llevados irresistiblemente á contemplar la acción de Dios, ó lo que es lo mismo, á estudiar la creación como el efecto universal de la causa necesaria. A esto deberian reducirse nuestras investigaciones, si la razón de los filósofos, siempre dócil á las inspiraciones ingenuas de la naturaleza, no hubiese rodeado de tinieblas el horizonte de la inteligencia cuando se trata de la primera verdad consagrada en la sana filosofía, en la religion, en la buena política, como el fundamento comun de la fe, de la razón y de la felicidad. He aquí por qué debe comenzarse la investigación importante acerca de Dios limpiando sus senderos de todos los estorbos que les ha puesto el ateísmo. Hablarémos pues, en primer lugar, del ateísmo considerado en sus causas, en sus efectos y en los caracteres de sus sectarios; exhibirémos, en segundo, las pruebas directas de la existencia de Dios; expondrémos, en tercero, sus principales atributos y perfecciones infinitas, y concluirémos, por último, hablando brevemente de la creación considerada en general.

CAPITULO I.

DEL ATEISMO.

El error de aquellos que niegan la existencia de Dios, se conoce con el nombre de *ateísmo*, y á ellos se les da el de *ateos*. Como la existencia de una primera causa es una

verdad tan notoria para todo el mundo, que puede llamarse el gran principio y el axioma por excelencia, pues ella todo lo explica, y sin ella nada se comprende, parece extraño que haya *ateos*. Por la misma razon aquella importante verdad está confirmada igualmente con las legítimas prevenciones que deben tenerse contra el ateismo, y con las pruebas directas de una exacta demostración. Distribuiremos pues, en estos dos puntos, la exposicion de nuestras pruebas.

Para comprender cuán infundado, y tambien cuán efímero es el ateismo, cuán ridículos y perniciosos los que defienden este gravísimo error, basta detenerse un momento á examinar las causas y efectos del ateismo, y los caracteres que regularmente distinguen á los *ateos*. Entremos pues en este exámen.

§. I.

De las causas del ateismo.

Cuando hablamos de las causas del *ateismo*, no creemos que exista ningun argumento poderoso que determine real y verdaderamente la conviccion de nadie, porque esto parece imposible, siendo tan várias y urgentes las razones que demuestran la existencia de Dios. En tal supuesto, ¿cuáles podrán ser los motivos que impelan á algunos á impugnar esta verdad afectando no reconocer al Autor de la naturaleza! La idea de un Dios envuelve naturalmente la de una justicia eterna que reprime y castiga el desenfreno de las pasiones: así es que, cuando el hombre no quiere contenerse, se indigna de que haya Dios; y como su conciencia le atormenta sin cesar, se esfuerza luego en buscar sofismas para combatir sus mismas convicciones, y toma el partido de alistarse entre los *ateos*. He aquí pues la primera causa del ateismo: *la soberbia vehementemente estimulada por el desenfreno absoluto de las pasiones*.

La existencia de Dios, así como todas aquellas verdades capitales que se dirigen á la felicidad del hombre, reúne y ha reunido siempre á todas las generaciones en una misma creencia: el ignorante y el sabio la profesan y veneran públicamente, y en el sentido de estas verdades caminan de ordinario los discursos y los escritos de los sabios. Hai empero algunos que deseando adquirir nombre en su época y gloria en la posteridad, creen que discuriendo conforme á las ideas generalmente recibidas, léjos de conseguir su objeto, quedarian confundidos entre el vulgo de los escritores

desconocidos. De aquí los conatos vehementes de buscar y sostener paradojas que choquen al sentido comun: nada les importa ser combatidos victoriosamente, con tal de haberse hecho conocer, ya que no por la solidez y profundidad de sus conocimientos, á lo ménos por los delirios de su alma, el atrevimiento de sus discursos y la perversidad de sus opiniones. He aquí la segunda causa del ateismo: *un movimiento impetuoso de la ambicion hácia la falsa gloria*.

Hai en la sociedad una clase de hombres que sin haberse dedicado jamas á adquirir ningun conocimiento sólido, y estimando en poco ó nada la importancia de una conducta juiciosa, circunspecta y arreglada, son arrastrados constantemente por cierto espíritu de frivolidad que subyuga igualmente sus opiniones y su conducta. Tan amigos de lo nuevo y sorprendente, como enemigos de la quietud y el reposo que dan la rectitud de los conocimientos y el sistema ordenado de la vida, no se ocupan de ordinario sino en renovar sus impresiones y en hacer un papel notable entre la turba bulliciosa de los incrédulos. Estos se dan el fastuoso nombre de *espíritus fuertes*, califican la sabiduría de una *ruda mediocridad*, dan el tono á la moda y á los placeres, protegen con la libertad de sus ideas todas las inspiraciones de la maldad, y se constituyen árbitros del gusto de la celebridad y de la gloria. No se necesitaba de mas redes para hacer caer á los incautos; y he aquí cómo la *ignorancia* y la *presuncion* se dan la mano, para sacar del vulgo ahucinado una tercera clase de *ateos*, que nada saben, pero que con solo hacerse *ateos á la moda*, creen haber conquistado todos los títulos mas ilustres.

“El cuarto motivo que suele impeler al ateismo, trae su origen, dice un escritor inglés, de la opinion exagerada que algunos tienen de sí mismos.”¹ Un hábito envejecido de hablar y no oír, de sutilizar y no responder, de burlarse de lo que no entienden para no sucumbir á la fuerza de una demostracion, los ha cegado tanto, que no vacilan en tomar su genio por el mas fecundo, su talento por el mas claro, y sus raciocinios en todas materias por única regla de verdad. “He aquí, dice el autor citado, la especie mas perniciosa de *ateos*: primero, porque niegan cuanto no comprenden; segundo, porque son los mas á propósito para sostener su error con argumentos fútiles, y eludir la fuerza de los que se les oponen, con expresiones equívocas é inexactas, ó

¹ Nieuwentyt. de l'Exit. de Dieu, démontrée par les merveilles de la nature.

“ cuando ménos, con el sarcasmo y la burla; tercero, porque algunos de ellos toman en las conversaciones cierto aire de civilidad y modestia, lo cual suele grangearles alguna estimacion entre los inexpertos, tanto mas peligrosa, cuanto ménos afirmados se hallan estos en sus principios y en su creencia.”¹

Tal es la fuerza con que arrastra la conviccion de esta verdad importante, que algunas veces se ha escapado á los mismos ateos una revelacion solemne de los motivos innobles que han impelido su razon á sostener el ateismo. Oigamos á Diderot: “ No puedo creer, dice, que haya materialistas ó ateistas de buena fe; porque es mas fácil concebir la creacion hecha por la omnipotencia de un Ser Supremo, que formada por el acaso.”² Algunos se han vuelto ateistas, porque rechazaban la fe, abandonándose á sus pasiones, porque les espantaba la pintura que la religion les presenta de lo venidero, y les estorbaba la presencia de un Dios.”³

No se necesita ciertamente otra cosa, para concebir una fuerte prevencion contra el ateismo y aun para calificarle de absurdo, que los motivos que determinan á los hombres á formarse tal opinion. La verdad es enemiga de las pasiones: no puede por tanto ser el resultado del trastorno que aquellas causan á la razon: luego el ateismo, que es un resultado de las pasiones, no puede merecer los homenajes de la verdad.

La verdad en aquellos puntos fundamentales que tienen por objeto el bien del género humano, se anuncia en las convicciones y en las creencias de todos los hombres. Seria pues ridículo declararse partidario en esta línea de una opinion singular que está en abierta pugna con la razon de los siglos y el dictámen de todo el género humano. ¿Qué diremos cuando examinando los motivos de estas opiniones singulares, vemos que consiste en el empeño loco de adquirir celebridad á costa del sentido comun? Luego basta el segundo motivo que determina el ateismo, para colocar esta opinion monstruosa en el catálogo de los errores.

La verdad es esencialmente perpetua y estable, no se afecta jamas de las opiniones reinantes, del espíritu de novedad, ni del movimiento de la moda; ménos todavia podrá ser un efecto de estas tres causas: luego el espíritu de ligereza y de novedad, que constituye la tercera clase de ateos

1 Niewentyt, de l'Exist. démontré par les merveilles de la nature.

2 Nouvelles pensees pág. 16.

3 Ibid. pág. 27.

no puede dar por resultado la verdad: y en consecuencia, el solo conocimiento de estos motivos basta para inferir la falsedad del ateismo. Finalmente, un hombre que toma su propio juicio por una regla de verdad, inspira la mayor desconfianza de sus opiniones: en consecuencia, basta verle destituido en todo buen criterio, para proscribir como falso el ateismo que nos propone. Resulta de lo expuesto, que el simple exámen de las causas que determinan al ateo, nos basta para calificar el ateismo de un error que prostituye igualmente el entendimiento y la voluntad; de un sistema esencialmente destructor de la moral y de las ciencias. Mas para confirmarnos mas en esta última idea, basta repasar ligeramente la deplorable serie de sus efectos.

§. II.

Efectos del ateismo.

¿Qué es el ateismo para el individuo! ¿qué para la sociedad! He aquí dos cuestiones cuyo exámen constituye el objeto del presente párrafo. Basta considerar las cosas bajo las relaciones puramente temporales, para comprender todos los desastres que debian resultar del ateismo.

Efectos del ateismo en el individuo.

El ateismo corrompe el entendimiento, deprava la voluntad, nivela al hombre con el bruto, y es precursor infalible de la desgracia. Tales son, en pocas palabras, los efectos que aquel error produce en el individuo que llega á adoptarle.

El atea, en el hecho de serlo, niega la espiritualidad del alma, la existencia de la vida futura, el origen del mundo, el verdadero objeto y fin de la creacion del hombre; niega pues unas verdades que no pueden desconocerse sin ignorarlo absolutamente todo. El órden físico y el órden moral se hallan tan íntimamente relacionados, que no pueden separarse del todo sin minar los fundamentos de las ciencias en que se manifiestan. La naturaleza, que es un manantial fecundo de verdades y sentimientos para el sabio que sabe elevarse hasta la primera causa de las cosas, es una estatua muda para el ateo, que negando la existencia de aquella, se ve obligado á referir al acaso el universo y sus fenómenos admirables. Para este no hai designio ni fin en la creacion, no hai relaciones fijas entre la naturaleza y el hombre; todo

es *accidente* y *casualidad*, y por tanto, no reconoce ni basas en el orden físico, ni correspondencia ninguna entre éste y el orden moral. Es así que, destruidas estas verdades, el entendimiento no tiene ni dirección, ni guía, ni término alguno en la marcha de su investigación: luego el ateísmo extravía el entendimiento, y por consiguiente le corrompe.

El hombre está compuesto de un cuerpo organizado y una alma racional. Por los sentidos del cuerpo está relacionado con la naturaleza física; por las potencias de su alma se eleva hasta la contemplación de Dios. Las relaciones que tiene con la naturaleza le advierten que el universo ha sido hecho para él: la contemplación de la primera causa le persuade que él ha sido hecho para Dios: comprende luego la inmortalidad del alma, penetra las leyes eternas, como había alcanzado las leyes físicas, y ve en estas verdades un punto de partida para llegar á la explicación de los fenómenos físicos, de los accidentes y variedades del orden moral. De donde resulta, que si en vez de admitir, resiste á estas verdades, su entendimiento, lejos de tener dirección, guía, ni término alguno, infaliblemente se pierde en un abismo de conjeturas, de donde le es imposible salir.

¡Ojalá todos los males del ateo estuviesen reducidos á la ceguedad de su entendimiento y al extravío completo de su razón! Estaría sujeto á los errores; pero exenta su voluntad de los vicios, no tendría que pagar al ateísmo el deplorable tributo de la prostitución y del crimen. Pero sucede muy de otra manera, y la corrupción de las costumbres que, como vimos en el párrafo anterior, engendra el ateísmo, se fecunda y fortifica con él. Por desgracia el hombre nace sujeto á los sentidos, y permanece constantemente expuesto á los ataques vehementes de mil pasiones diversas. ¿Qué será de él, si se coloca en las filas de los ateos? El sacrificio de las pasiones solo puede hacerse en las aras de la Divinidad, solo pueden arrancarle los grandes temores y las esperanzas eternas. Pero el ateo, que ni teme ni espera, el ateo, que rehusa toda ley, el ateo, que toma siempre su voluntad por guía, y el objeto de sus pasiones por blanco de sus deseos, ¿podrá lisonjarse nunca de una voluntad recta? ¿De qué servirán, para contenerle, las leyes humanas, cuando tiene mil coyunturas para burlar la vigilancia de los magistrados? Quítese la existencia de Dios y sus inmediatas consecuencias, y desaparece hasta la más remota esperanza de virtud: las pasiones subyugan el alma, los vicios moran tranquilos en el corazón.

Hemos dicho mal: los vicios moran, es cierto, en el cora-

zón del ateo; pero él no permanece tranquilo: tampoco está exento de temor, y he aquí cómo el ateo, que por una parte se degrada hasta nivelarse con el bruto, se halla muy lejos de esa tranquilidad que tienen los animales en el hecho solo de no inquietarse para nada sobre su suerte; y por este motivo el ateo es verdaderamente infeliz.

¿Ni cómo podrían avenirse con la felicidad un entendimiento corrompido y una voluntad depravada! ¿Qué placeres intelectuales puede gozar quien no reconoce en el universo más que desorden, quien lo mira todo abandonado al imperio de la fatalidad! Para negar á Dios, es preciso resolverse á no ver en todo el universo sino un caos pestilente, un conjunto monstruoso, donde no hai ni puede haber orden, vínculo, resorte, designio ni interés; y he aquí por qué todo es lúgubre y fastidioso necesariamente para el ateo. "El cuadro del universo, dice Rousseau, tan vivo, tan animado para los que reconocen un Dios, está muerto á los ojos del ateo; y en esta grande armonía de los seres, donde todo habla de Dios con una voz tan dócil, él no percibe sino un silencio eterno."¹

¿Qué dirémos del vicio! Nada más opuesto á la felicidad; porque aun humanamente hablando, ella no habita donde no existe la virtud. Dejemos ahora los temores que hielan la copa del placer sobre los labios del impío, (que nunca consigne proibir de su corazón los puñales del remordimiento y los tormentos crueles de la duda) para atender únicamente á la felicidad humana. Esta no puede existir donde no cabe el contento, y donde tiene más lugar el dolor. Sea que el atea goce de la prosperidad, sea que luche con la tribulación, no puede estar contento ni dejar de padecer. En la prosperidad se afana inútilmente por satisfacerse, se disgusta de los placeres sin probabilidad de mejorarlos, recela más que nadie de sus relaciones sociales, y la idea de la muerte le atormenta y consume infinitamente más á él, que al hombre que espera el juicio de un ser sabio, justo y clemente.

El ateo tiene, como todo hombre, un deseo innato de felicidad; desea pues, como todos, un bien sólido y estable; pero con no admitir á Dios, se ve reducido á los bienes de la vida. ¿Cuáles son estos? Quítense aquellos bienes temporales que son compatibles con la virtud, y que por tanto, no puede gozar el ateo, y solo quedan los placeres reprobados, que si tienen un instante de vida, es para hacer más

1. Cit. por Delalle en el Curso de contriv. t. 3, pág. 69

intenso el sentimiento de su falta; y si se prolongan demasiado, engendran el fastidio y causan el corazón. Desear un bien sólido y estable, y desesperar de encontrarle, es evidentemente el estado más triste y la mayor pena de la vida. En semejante situación los placeres fugitivos pierden todo interés, y disgustan á medida que crece la persuasión de que no se ha de hallar cosa alguna que satisfaga el deseo capital de hallar un bien positivo, un contento verdadero. He aquí la desesperación inútil y el disgusto de los placeres; y esto, aun cuando se camine con el viento de la prosperidad.

El ateo, en el hecho de serlo, busca su bienestar sin regla, y la satisfacción de sus pasiones, sin detenerse para nada en la justicia ó injusticia de los medios: se considera á sí mismo como su propio fin; nada puede importarle que padezcan los otros, si esto contribuye á sus goces: es egoísta por sistema, y de consiguiente misántropo por necesidad. Si se relaciona con los que no siguen sus principios, vive desesperado en abierta contradicción; si se une con los ateos, debe suponerles tan egoístas y malvados como él; y en este caso no puede esperar de ellos cosa alguna, y si todo debe temerlo. La desconfianza, la sospecha, el temor continuo de ser sacrificado á los intereses y á las pasiones de los otros, le aquí el segundo motivo de tormento é infelicidad para el ateo; y esto, aun cuando se le suponga disfrutando de la más grande prosperidad posible.

Pero todo esto es nada comparado con el sentimiento que debe inspirarle la proximidad, el peligro y hasta la consideración remota de la muerte. Para el ateo la muerte es un aniquilamiento absoluto, un tránsito á la nada. La muerte viene á ponerles término á su prosperidad y á sus placeres. ¿Qué efectos debe producir en el ateo la vista del sepulcro? una tristeza profunda, una languidez mortal, una rabiosa desesperación. Nos es tan natural el amor de la vida, que la vista de su término es triste y alarmante para todos. La tiene aun el cristiano, pero no con un temor que desespere, sino con un temor que estimula á la virtud y á la resignación con la esperanza de la gloria. El ateo no puede dejar de temerla, porque es hombre; mas este temor del ateo es un temor cruel, tiránico, desesperador, porque nada tiene que le suavice, porque nada valen para él la esperanza y la inmortalidad. ¿Es más dulce por ventura ser totalmente destruido, que ser juzgado por un Dios sabio, justo y misericordioso? Los mismos impíos se han visto precisados á reconocer cuán triste es la condición del ateo, principalmente cuando se trata de la proximidad de su fin: escuchemos

á Voltaire: "El instinto, que hace estremecer al hombre en la muerte, ¿le dejaría tranquilo en las inmediaciones de su destrucción total? Está el hombre acostumbrado á vivir, á sentir, á ser algo, y por consiguiente no se le puede arrancar á sí mismo sin atormentarle, ni se le puede decir, sin causarle la mayor pena, "tú morirás todo." Estas dudas son tristes: es muy duro ser aniquilado. ¿Cómo desechar un sistema tan bello y tan necesario para el género humano." ¹

Si tal es la desgracia del ateo, aun cuando se le supone lleno de prosperidad y rodeado de placeres, ¿qué juzgaremos de él cuando lucha con el infortunio? En las vicisitudes comunes de la vida cabe de ordinario la mayor parte al dolor: las enfermedades, las fatigas de un trabajo inútil, la miseria, la persecución, &c., &c., emponzoñan muy frecuentemente la existencia; las mismas pasiones, cuando llegan á irritarse hasta cierto punto con un deseo siempre progresivo y nunca satisfecho, producen terribles efectos en el alma. ¿Qué hará pues el ateo herido por el aguijón del dolor, penosamente arrastrado al colmo de la desgracia? ¿Quién suavizará su amargura, quién aliviará la insostenible carga de sus tormentos? ¿A dónde dirigirá sus ojos, que vea lucir un rayo de esperanza? ¿Qué puede contra la adversidad, ni el hombre ni la naturaleza? Un hombre sin Dios se abandonará á los movimientos de la desesperación; y en el arrebato de un frenesí verdaderamente inevitable, invocará la muerte, como el menor de los males. Solo la idea de un Dios justo, bueno é infinitamente sabio, puede dar un precio á la adversidad, y hacer que nazca de entre las espigas del infortunio la flor de la esperanza, y con ella la resignación, el consuelo, y también el contento y el placer.

Los mismos ateos no pueden menos de convenir en la fuerza de estos raciocinios: confiesan que su sistema es desolador, y que no puede agradar á los hombres de un temperamento melancólico, y á una alma consumida por las desgracias, por las enfermedades, &c. Un autor moderno ² ha tenido cuidado de confirmar con la experiencia el concepto que debe formarse sobre la infelicidad del ateo. "Se ha notado, dice, que el ateo Espinosa era de un genio triste, negro, cogitabundo, prodigiosamente misántropo. Todas las tinieblas del vicio y los rasgos de la desesperación estaban impresos en la frente del famoso ateo Dolet: al primer

¹ Dict. philosoph. art. Caïac, catéch. chinois.

² Feller Cat. filósof.

golpe de vista, dice uno de sus contemporáneos, se descubria en él á un insensato, un furioso, uno poseido de rabia: ni el bronce ni la tela hubieran podido representar, como su cara, la imágen de tal monstruo. Vanini no tenia la expresion mas feliz y serena en su fisonomía. La escuela de Epicuro, segun advierte el cardenal de Polignac, formó mayor número de suicidas que todas las otras. Lucrecio se mató á los cuarenta y dos años; Creech, su traductor inglés, á los cuarenta; Blount, á los treinta y nueve; el materialista Acosta se hizo volar la cabeza de un pistoletazo." No extrañamos, á vista de esto, ver á Montaigne y Helvecio, celosos partidarios de Epicuro, mostrarse grandes panegiristas de los suicidas, ni oír decir al mas descarado de los ateos, que *un hierro es el único amigo, el solo consolador que queda á los desgraciados.*¹

Se han visto pues, todos los males que trae el ateísmo al individuo; veamos ahora los estragos que debia producir en la sociedad.

§. III.

Efectos del ateísmo en la sociedad.

"El ateísmo deja á la autoridad sin freno, á los súbditos sin costumbres, y á la sociedad sin principios:"² he aquí los efectos del ateísmo en la sociedad.

El abuso del poder y la desmoralizacion de los pueblos son evidentemente precursores infalibles de la ruina de los Estados. Cuando los que gobiernan sustituyen su voluntad á las leyes, y dirigen esta misma voluntad segun el impulso de sus pasiones, los pueblos se exasperan, las revoluciones se comprometen, se enciende la guerra civil, y en este caso viene á quedar el Estado sujeto á la cruel alternativa de la anarquía, ó de la tiranía. Estos males amenazan aun á los pueblos que no tienen la desdicha de estar gobernados por ateos; pues para que aparezcan, basta que los hombres, en cuyas manos se ha depositado el poder, olviden las reglas eternas de justicia que Dios ha grabado en el corazon del hombre. ¿Qué esperanza quedaria pues á los pueblos, si tuvieran que luchar, no solamente con las pasiones de sus gobernantes, sino tambien con su decision por el ateísmo? Cuando un gobierno cuenta con los recursos que le sumi-

¹ Sist. de la nature. chap. 19, pág. 305 et 306.

² Instituciones lugdunenses.

nistra un ejército organizado, es empresa difícil, por no decir imposible, derrocarlo, si no se cuenta con la fuerza moral; y como esta fuerza moral no existe donde no se admite la creencia de un Dios, es casi evidente que habrá de prolongarse la acción tiránica de un gobierno sin freno. Si este no teme á Dios, ménos podrá temer á los hombres; ó para hablar con mas exactitud, hallará mayor número de recursos, para disminuir los temores puramente humanos. La creencia de un vengador del crimen, de un Dios, que con su dedo omnipotente rae de la tierra los tronos, para confundir y exterminar á los reyes malvados, he aquí la verdadera garantía que tienen los pueblos contra los temores que inspira el abuso del poder público.

¿Y qué medios hallaria este para llevar á su prosperidad y engrandecimiento una nacion que estuviese compuesta de ateos? El ateísmo es el último grado de la impiedad; la impiedad es el último grado de la malicia humana: sus efectos, segun la expresion de un incrédulo, son el aniquilamiento no solo de las virtudes cristianas, sino tambien de las virtudes sociales. Un pueblo sin Dios es un pueblo sin religion; un pueblo sin religion es un pueblo sin moral, y por consiguiente sin costumbres: luego el ateísmo deja á los súbditos sin costumbres. ¿Y de qué sirven las leyes, si están desprovistas del apoyo de la moral? Las mejores leyes que se promulgan entre los hombres no son sino otras tantas consecuencias de la lei natural. Esta conveniencia de las leyes humanas con la lei divina, es precisamente el mejor dato de su justicia. El que no admite pues la segunda, es imposible que respete las primeras. Por otra parte, la moral que previene la razon en favor de las leyes que se promulgan entre los hombres, engendra el hábito de respetarlas; y este hábito, efecto único de la moral pública, tiene mayor eficacia que la vigilancia de los gobiernos y el temor de los castigos. Resulta de lo expuesto, que el ateísmo destruye la religion, extingue la moral, y deja por consiguiente á los súbditos sin costumbres.

Para probar que el ateísmo deja tambien á la sociedad sin principios, basta saber que estos son por su naturaleza estables, y no están sujetos por tanto á ningun género de variacion. Ahora bien, ¿principios de este carácter pueden ser el efecto de las convenciones humanas? la razon y la experiencia nos indican con entera seguridad, que esto es imposible. Luego es preciso derivarlos de una razon infinita,

¹ Bayle.

de una voluntad eterna, y por consiguiente, de Dios. Niéguese pues la existencia de Dios, y no se necesita de otra cosa, para que vengan á tierra los principios del orden social, y por lo mismo la sociedad.

Para prevenirse pues contra el ateísmo y reputarle por la opinion mas absurda y monstruosa, ¿no es cierto que basta la simple consideracion de sus causas y sus efectos! Pero no nos detengamos aquí; observemos, para concluir, los caracteres de los ateos, pues estos mismos nos suministran en la inconsecuencia de sus opiniones y en la contrariedad de su conducta, los mas robustos argumentos contra el ateísmo.

§. IV.

Caracteres de los ateos.

Las contradicciones de los ateos, así en sus discursos como en el sistema de su conducta, suministran sin duda un argumento poderoso, que basta por sí para convencerles de impostura. Así como el convencimiento íntimo de una verdad engendra la constancia en sostenerla siempre, así tambien la desconfianza que inspira una opinion, induce al entendimiento á abandonarla luego. Si vemos pues á un filósofo defender con tenacidad el ateísmo, impugnarle despues con la misma tenacidad, y dejar por último el pro y el contra, quedándose en una absoluta perplejidad, nos vemos en el caso de formar el siguiente raciocinio: solo el convencimiento de la verdad afirma y sostiene la opinion; es así que este hombre no piensa constantemente con esta firmeza y apoyo; luego no tiene el convencimiento de la verdad, y por lo mismo lo que afirma no merece crédito ninguno. En este caso nos volvemos á otra parte, y hallando aquí la firmeza en los principios y la constante y uniforme opinion sobre la existencia de una primera causa, inferimos rectamente, que el ateísmo es á todas luces un error.

No hai duda que la existencia de Dios es el objeto mas importante que puede ofrecerse á la investigacion del entendimiento humano: porque está en el interes de todos los hombres saber si Dios existe ó no existe, puesto que de aquí depende su eterno é irrevocable destino. Por otra parte, es cierto que todo está relacionado con esta verdad, y por consiguiente, que el orden metafísico, el orden físico y el orden moral contienen una multitud innumerable de razones y datos para discutir sobre tan importante materia. Siendo esto así, debe creerse que, habiendo una regular aptitud y un

sincero deseo de encontrar la verdad, ninguna investigacion es mas á propósito para encontrarla; que se hallará de facto; y que la razon, tranquila ya en la posesion de ella, la sostendrá siempre con igual constancia, puesto que no tiene motivo alguno de vacilar. Un filósofo pues, que se contradice á cada paso, manifiesta una de dos cosas; ó suma ineptitud, ó mucha mala fe; y en consecuencia de esto, sus opiniones no merecen crédito ninguno. Veamos pues cuáles son las contradicciones de los ateos.

El abate Barruel consagró muchas páginas de las cartas Helvianas á esta curiosa y útil investigacion; no harémos otra cosa, por lo mismo, que un extracto de la carta XXXIII.

Robinet en favor.

Hai un Dios: esto es, una causa de los fenómenos, cuyo conjunto es el universo. *Este Dios le conocemos por la nocion de causa.* El efecto es contingente, y la causa necesaria: el uno es finito, la otra infinita. Dios no es el *archetipo* del mundo, sus perfecciones son de una categoría superior á las del hombre.¹

Robinet en contra.

Pretender elevarse del efecto á la causa del orden que se admira en el universo, es una falta de advertencia, y un argumento lleno de ilusion. . . . nunca ha habido sino un solo *prototipo* de todos los seres, de quien estos son variaciones prodigiosamente multiplicadas.^{2*}

Rainal en favor.

Dios de la naturaleza, ¿tú que has sacado el ente de la nada, no eres esencialmente productivo! ¿Oh unidad de Dios! ¿Oh sublime y grande idea que todas las religiones deben á la filosofía. . . .! Sí: en las meditaciones de los

1 De la nat. t. 5.º, cap. 3.º, pág. 5.

2 Voyes de la nat. t. 2.º, pág. 12. T. 1.º, cap. 3. T. 4.º, pag. 152.

* Si no todos nuestros lectores conocen el ateísmo de este texto, les rogamos que mediten, con qué se probará la Divinidad al que pretenda con Mr. Robinet: 1.º Que el universo no prueba un Dios, que el efecto no prueba la causa sino por un argumento lleno de ilusion. 2.º Que todos los seres son variacion de uno mismo. Rogamos á Mr. Robinet que nos diga si no es este el mas puro Espinosismo.—Nota de Barruel.

sabios, en el estudio de la naturaleza, he encontrado el principio del teísmo (ó del culto de un solo Dios).¹ (Luego el conocimiento y el culto de un solo Dios es el fruto de la filosofía y del estudio de la naturaleza.

Rainal en contra.

El dolor y el placer son el origen de todos los cultos, (y de consiguiente del teísmo) ó por mejor decir, todas las religiones han sido una invencion de hombres sagaces y políticos, que no hallando en sí las fuerzas necesarias para contener á sus semejantes, buscaron en el cielo las que les faltaban, é hicieron bajar el terror.² (Luego el culto de Dios es el fruto de la política y del miedo).

Rainal, ni en favor ni en contra.

Declaro á los mortales que jamas podrán estar asegurados de si hai un Dios ó no le hai.³ Sepan ademas, que cuando la filosofía en una continua infancia balbucia el nombre de Dios, se ocupaba en una cosa que siempre ignoraria.⁴

Diderot en favor.

Escribo de Dios, decia en el prefacio de sus pensamientos filosóficos,⁵ lloro la desgracia del ateista, y ruego á Dios por los escépticos, que viven muy engañados. Los hombres han echado fuera de sí la Divinidad: ¡qué insensatos sois! Ensanchad los límites que estrechan vuestras ideas: ensanchad á Dios. Si yo educara á algun niño, le daria infinitas señales indicativas de la presencia de la Divinidad: si hubiera una tertulia en mi casa, le acostumbraria á que dijese, siempre estamos cuatro: Dios, mi amigo, mi director y yo.⁶

Hemos visto á Diderot, no solo defendiendo la existencia de Dios, sino increpando y aun compadeciendo á los ateos.

1 Hist. philosoph. et polit. t. 4, pág. 59. T. 1. °, pág. 304. T. 2. °, pág. 33.

2 Hist. philosoph. et polit. t. 1. °, pág. 62. T. 2. °, pág. 324.

3 Id. t. 4, pág. 468.

4 Id. pág. 680.

5 Num. 22.

6 Pensées philosoph. Pref. Num. 25.

¡Quién imaginaria que muy pronto se habia de convertir en contra de la Divinidad este hombre, á quien hemos visto tan empeñado en sostener su existencia! Pues el hecho no admite duda: oigamos sus palabras.

Diderot en contra.

No hai ser ninguno en la naturaleza que se pueda llamar primero ó último. Una máquina absolutamente infinita se habia sustituido á la Divinidad;¹ y el mundo en este dia podia muy bien haber sido el resultado casual del movimiento y de la materia: la creacion del universo, léjos de ser, como en la vispera, mas fácil de creerse que su formacion por el acaso, era mucho mas asombrosa.² Léjos de confundir al ateista con el peso del universo, la mayor parte de los filósofos se engañaban, pretendiendo que el espectáculo del universo nos condujese á la idea de alguna Divinidad.³

Hemos visto á Diderot representar ya el papel de ateista, despues de haber defendido la existencia de Dios; pero un genio tan versátil no era fácil que se detuviese aquí: veámosle pues ahora tomar otro partido diverso.

Diderot, ni en favor ni en contra.

Tanto se arriesga, dice, en creer mucho, como en creer poco. No se aventura mas ni ménos el politeísta que el ateísta: el escépticismo es lo único que puede en todos tiempos y ocasiones excusarnos de caer en los dos extremos opuestos. . . .⁴ Los entendimientos fogosos y las imaginations vivas no se acomodan á la indolencia del escéptico; mas bien quieren arriesgar una eleccion, que no hacer ninguna; y mas quieren engañarse que vivir indecisos: no obstante, la ignorancia y la falta de curiosidad son dos almohadas bien cómodas; pero para encontrarlas así, es preciso tener la cabeza tan bien dispuesta como Montaigne.⁵

Seria necesario extendernos mucho para presentar á nuestros lectores una galeria completa de filósofos inconsecuentes y contradictorios; pero valga por todos los que se omiten el mas famoso y atrevido que se ha visto jamas. Voltaire

1 Dict. et art. de l'Encyclop. art. Diderot.

2 Pens. philos. Num. 21.

3 Cód. de la nat. pág. 150.

4 Pens. philos. Num. 33.

5 Id. Num. 27 et 28.

merece ir á la cabeza de todos, no solamente por la ventaja inmensa que les lleva en impiedad y en error, sino por ser acaso el mas fecundo y prodigioso en contradicciones. El autor, cuya carta venimos extractando, ha elegido un medio curioso de presentar á un golpe de vista el portentoso cúmulo de inconsecuencias y contradicciones, en que incurria con harta frecuencia este caudillo de la incredulidad. Finge visitarle al despertar, al desayunarse, al comer, &c., &c., y en cada una de estas horas pone en sus labios alguna de sus doctrinas sobre la existencia de Dios; y de este modo consigue que en un solo dia vean á Voltaire recorriendo sucesivamente la serie mas extraña de verdades y de errores, de absurdos y contradicciones palpables. Veamos pues á la letra esta parte última de la carta citada.

“Al salir el sol recibe el homenaje de la naturaleza entera. Voltaire va á recibir el de una multitud de barones alemanes, condes polacos, lores ingleses, y caballeros franceses: avisan que el filósofo está despierto; entremos y recожamos sus primeros oráculos.

¡Oh Dios á quien se desconoce! ¡Oh Dios á quien todo anuncia! Si este Dios no existiera, seria necesario inventarle.—Es menester mas, para ver que hai un Dios al levantarse el grande hombre!—Este Dios, cuyas alabanzas publica, es mui semejante al de los creyentes. *Es un espíritu, un Ser inteligente, Todopoderoso, Autor del universo, remunerador de la virtud y vengador del crimen.* Negar su existencia es querer poblar la tierra de malvados, facinerosos y monstruos; es hacer de este mundo una habitacion de confusion y de horror. El ateismo es peligroso en el filósofo y hombre de gabinete: es temible en el ministro y hombre de estado: vergonzoso en la plebe: terrible y espantoso en los reyes. Voltaire, al despertar, le combate en prosa y en verso. Siempre sostendrá que un reloj prueba un relojero, y que el universo prueba un Dios: si hai alguna dificultad en el sistema que admite un Dios, hai infinitos absurdos que se devoran en todos los demas. Por último, el grande hombre, al levantarse, es un adorador celoso y un defensor ardiente de la Divinidad.¹

“Traen el té: desayuna el grande hombre, y ya deja de ser partidario tan fuerte é intrépido de un primer ser. Ya desaparecieron los absurdos del ateismo. El sistema que admite un Dios, podria ser no mas que plausible. Si, ya no es mas que una probabilidad mui semejante á una certi-

1 Oeuvres de Volt. pag. entre autres del Ath.

dumbre, es cierto; pero toda ciencia no es otra cosa, que ciencia de probabilidades;¹ y el grande hombre por lo ménos ya tiene algunas dudas: es medio escéptico, y le dejamos sin poder decir absolutamente si hai un Dios en su entender, ó no le hai.

“A la hora de comer se juntan de nuevo condes, barones, lores y caballeros, y note V., señora, los progresos que vamos á hacer. El ateismo ya no tiene nada de horroroso para el sabio. *Espinosa*, nos dice el grande hombre, *no solo era un ateaista, sino que enseñaba tambien el ateismo;*² y un filósofo puede ser, si quiere, *espinosista.* El grande hombre ha hecho un axioma, para permitirlo.³ Y así puede V. en adelante aprovecharse del permiso, sin temor de ser un monstruo, y aun sin dejar de ser filósofa.

¡Pero se atreverá Voltaire á decir que no hai Dios! Si V. se lo pregunta en su idioma, la respuesta del grande hombre no será mui clara. Se contentará con dar á la materia los atributos de Dios, y á Dios las cualidades de la materia. Hará á esta eterna, activa, subsistente por sí misma; la desafiará á V. á que le pruebe que no es inteligente;⁴ por otra parte, le enseñará que Dios es extenso como la materia, infinito como la materia, que no puede existir sino donde existe la materia, que es libre, poco mas ó ménos, como la materia,⁵ y V. podrá sin dificultad alguna sustituir uno á otro.

Si V. quiere saber puntualmente á qué atenerse, pregúntelo al grande hombre en latín, y le responderá *Jupiter est quodcumque videt, quodcumque movetis*; y sabrá que esta materia, que perciben sus sentidos, en cualquier parte que se halla, es el verdadero Júpiter. Lo repetirá tantas veces, y lo dispondrá de tal modo, que será menester cegar para no echar de ver, que el Dios, puro espíritu, único Ser subsistente, único Ser Eterno, único Creador de los seres, ha desaparecido como el café que acaba de tomar el grande hombre.

Hasta aquí hemos conservado el nombre del Dios supremo: ¡verémos á lo ménos, al cenar Voltaire, decidido á proscribir este nombre tan temible! No, señora, pero en desquite verémos otro prodigio mas grande. El Dios de por

1 Id. De l'ame par Soranus.

2 Id. art. Ath.

3 Id. Axioma 3.

4 Fragm. art. mat.

5 V. Princ. de act.

la mañana ya no existe; vendrá á ocupar su puesto el Dios de por la tarde; y este de tan reciente creación no se parecerá al primero más que la noche al día.

Voluntad, poder y facultad creativa eran los atributos de nuestro Dios de la mañana. ¹ El Dios de la tarde no podrá crear, ni aniquilar nada. ² El Dios de la mañana era libre, y *por la libertad éramos su imágen*; ³ el Dios de la tarde solo puede obrar *por necesidad*, y por una serie de leyes invariables. ⁴ Atribuir al Dios de la mañana nuestras acciones, y mayormente nuestros delitos, era enseñar el dogma mas formidable, y hacer un demonio de la Divinidad; ⁵ para sostener el honor del Dios de la tarde, es menester absolutamente creer que él solo lo hace todo, que es autor del bien y del mal, de nuestras virtudes y vicios; que *no somos nada*; y es preciso sostener que nada hacemos nosotros, y que él lo produce todo; ó seguir el sentir de los ateistas negando su existencia. Decir del Dios de la tarde que *concorre* simplemente á nuestras acciones, que nos ayuda y da el poder de obrar, de pensar y querer, como se decía del Dios de la mañana, es degradarle, hacerle inferior á nosotros, y dejarle el último puesto. ⁶

Por último, los dogmas impíos sobre el Dios de la mañana se han vuelto los mas religiosos sobre el Dios de la tarde; ¡Tanta distancia hai de cuando Voltaire se levanta á cuando cena!

¶ Pero el Dios de por la tarde aun es todavía único; no puede haber mas que un solo principio y un solo motor. ⁷ ¡No podia haber dos, ántes que el sueño cerrase los párpados del grande hombre! Sí, señora, sí; por una nueva combinacion, Voltaire nos enseña, ántes de dormirse, que podrian mui bien subsistir juntos dos principios, ó dos Divinidades, y que no está demostrado que no pueda existir mas que una. ⁸ Por desgracia suenan las doce de la noche, y Voltaire se duerme ántes de haber podido demostrar que existen cuatro.

Convento con V. que es grande lástima; pero si reflexio-

1 V. principe d' act.

2 V. OEvres de Volt, tom. 8 pag. 252.

3 Disc. sur la liberté.

4 Art. Dieu, et principe d' actions.

5 Disc. sur la liberté.

6 Art. de Dieu sur l' homme.

7 Princ. de act.

8 Quest. encyclop. t. 9, pag. 331.

na sobre las lecciones que hemos oido en Ferné, no puede dejar de admirar la destreza con que Voltaire hace pasar á nuestros partidarios por todos los grados de la filosofía.

Teista al despertarse, escéptico al almorzar, ateista ó espinosista al comer, sustituyendo, al cenar, el Dios de la tarde al de la mañana, demostrando á media noche muchos Dioses juntos; ¡no es él solo mas fecundo que todos los filósofos propicios, todos los filósofos contrarios, y todos los filósofos, ya en favor, ya en contra, ó ya indecisos!

Compare V. ahora las lecciones de nuestra escuela con la de su país: me parece, señora, que la diferencia debe ser bien notable. Por una parte verá V. á todos los creyentes, que tienen siempre un Dios, y siempre uno mismo, sin imaginarse siquiera que se pueda cambiar ó pasarse sin él. Por la otra tiene V. un Dios, ó no le tiene, segun le parece; y adora ó le niega; le cambia, ó le cria de nuevo. ⁷

Después de haber manifestado las inconsecuencias y contradicciones de los ateos en el curso de sus mismos escritos, es conveniente recordar aquí la conducta que observaron algunos de los mas célebres cuando empezaban á sentir el próximo advenimiento de su fin. Esta conducta, en que se nos manifiesta todo el terror de los remordimientos, es un argumento práctico de la primera importancia contra los impíos, es una prueba concluyente, no solo de la malicia de sus opiniones, sino tambien de la futilidad de sus raciocinios.

“Estando fundada, dice de la Marne, la impiedad del mayor número de los sabios que atacan la religion, en la ignorancia, en las dudas y en la mala fe, es preciso que se destruya en la proximidad de la muerte. Esto sucede en efecto por lo comun, y esto contribuye al mismo tiempo para valuar en mui poca cosa la autoridad de aquellos en materia de religion. Referirémos ahora algunos ejemplos de conversiones notables que se han observado en las fronteras de la vida.

El físico Bouguer, “extraviado por los senderos de una falsa filosofía, tuvo la fortuna de ser apartado de ellos y de tener un fin mui cristiano.” ¹ Du Marsais, “volvió al cristianismo en sus últimos momentos.” ² D'Argens, “murió después de haber manifestado sentimientos religiosos y aun hecho prácticas de devocion.” ³ Helvecio, “que murió en el

1 Dictionnaire historique de Feller, art. Bouguer.

2 Dict. hist. de Feller, art. Du-Marsais.

3 Id. art. D'Argens.

mismo año que Argens, dió tambien una retractacion de su libro titulado *de l'Esprit*, bajo los nombres de desaprobacion y detestacion formal y precisa de todos los errores de que está lleno este libro." ¹ Voltaire, "durante la mansion que hizo en Saxe, cayó peligrosamente enfermo; y luego que hubo conocido su estado, pidió un eclesiástico, le hizo su confesion y recibió de él los sacramentos con actos de penitencia, que duraron mientras permaneció el peligro." ² "En Paris, habiendo continuado con violencia un vómito de sangre, que acababa de atacarle en la noche del 25 de Febrero de 1778, se asustó tanto por este peligro, que en la mañana del 26 escribió al Abate Gaultier el siguiente billete, que se registra en todos los diarios de aquel tiempo: "Vos me habéis prometido, señor, venir á oírme: os ruego pues que os tomeis la molestia de venir lo mas pronto que pudiéreis." No habiéndose presentado el eclesiástico, ni podido Voltaire escribir otra carta, le mandó un recado con una sobrina suya. En consecuencia de esta doble invitacion llegó el Abate Gaultier, quien en primera oportunidad exigió al enfermo una retractacion formal de los escándalos de su vida literaria. Voltaire la dió; y este documento se publicó en aquel tiempo, y fué consignado en el archivo de un notario de Paris.

Estando D'Alembert "en sus últimos instantes, se refiere que sus amigos se esforzaron por custodiarle, con el fin de impedir que desmintiese los principios que hasta entónces habia profesado; y la Harpe escribía, que uno de ellos le habia dicho que D'Alembert hacia el cobarde." ³ Hallándose Diderot en peligro de muerte, "vió muchas veces al cura de San Sulpicio, y se estaba disponiendo á redactar una retractacion pública de sus errores; pero desgraciadamente los adeptos de la impiedad velaban sobre su antiguo corifeo. . . . Con mucha reserva le condujeron á la campiña, donde le guardaron mui rigurosamente y permanecieron hasta que le vieron morir." ⁴

No sabemos si Volney murió arrepentido; pero se refiere que, "hallándose en Baltimore, fué con algunas personas á dar un paseo por el mar, cuando se levantó un huracan tan

1 *Prevoyat*. Louis XVI et ses vertus aux prises avec la perversité de son siècle, l. 9, note 14.

2 *De Luc*, Lettre á Barruel, imprimée dans les *Memoires pour servir á l'histoire de Jacobinisme*, par Barruel: t. 3. °

3 *Feller Dicet. hist. D' Alembert*.

4 *Barruel. Mem. pour serv. á l'hist. du Jacob.*, t. 1. ° chap. 18.

violento, que todos los viajeros estaban aguardando ya una muerte inevitable. Restablecida la calma, uno de ellos, que conocia particularmente á Volney, y que durante el peligro le habia visto tomar un rosario y orar con el mas grande fervor, se acercó á él para decirle: ¿á quién os dirigiais ahora!—Es uno filósofo en su gabinete, respondió confuso Volney, pero no puede serlo en una tempestad. ¹

"Si á estas conversiones públicas añadimos las que han pasado en el secreto de las familias, las que han experimentado los moribundos en el silencio de su conciencia, y las que se han obrado en otros, durante aquellos momentos en que ya no han podido articular palabra, ¿cuántos sabios quedarán, que hayan permanecido en el filosofismo hasta el último instante de su vida! Apenas uno ú otro."

"En efecto, nunca mas sincero ni equitativo el hombre que en presencia de la muerte: porque entónces la prolongada borrasca de las pasiones ha cesado, el tumulto de los intereses ha desaparecido, el prestigio de las escenas de la vida social se ha disipado, y el impulso del orgullo casi ya no se hace sentir. Sobreviene una gran calma, en que la voz unánime de la razon y de la conciencia resuenan formidablemente."

"Si pues el ateo tuviese en realidad la persuasion que afecta, si estuviese de buena fe, si hablase á los otros como á él hablan el corazon y el espíritu, le oiríamos sin duda exhalar con seguridad sus últimos suspiros en el seno del filosofismo, como vemos al hombre religioso derramar con entera confianza, ante el símbolo de su fe, las últimas gotas del cáliz de la vida." ²

Hemos examinado el ateismo en sus causas y en sus efectos, y expuesto algunas consideraciones importantes sobre los caracteres de los ateos. Lo dicho basta para prevenirse fuertemente contra el uno y los otros, y afirmarse mas y mas en la creencia de un Dios. Sin embargo, en un punto de tan alta gerarquía, no es justo limitarnos á este solo género de argumentos: pasemos pues adelante, y entremos en las pruebas directas de la existencia de Dios.

1 *Le Memorial catholique*, Núm. d' oct. 1824.

2 *La Religion constatée universellement á l'aide des sciences et de l'erudition modernes*, t. 1. ° pág. 402, 414.